

Mal de ganso

A Rodi.

Cuando estaba de novio con Belén cogía mucho. Mucho en serio. Maratones salvajes interrumpidas por las ganas de ir al baño, alguna ducha rápida y las dos comidas diarias. Pensé, al principio, que se trataba de ese período que atraviesa toda pareja en formación. Los meses fueron pasando y ella se mantuvo firme en aquella actitud insólita. Empecé a llegar tarde a todos lados, a faltar a reuniones de trabajo o con amigos. Pero lo peor era que cada vez que iba a jugar al fútbol, a ella se le ocurría que sería divertido tirarnos a coger un ratito. Ella usaba el diminutivo creyendo, o intentando convencerme, de que las energías que yo habría de utilizar serían mínimas y que no cambiaría en nada mi desempeño dentro de la cancha. Pocas veces objeté. A veces me gustaría tener más carácter. Llegó a un punto en que coger dejó de ser divertido. Belén solía plantearlo en términos demasiado agresivos, transformando al sexo en un acto mecánico y obligatorio. No podía seguir.

Luego de una jornada especialmente agotadora, a la que la había sucedido un nuevo faltazo al trabajo, venciendo toda timidez, me metí en un sex shop de Martínez. La idea era comprarle una batería de consoladores que me dieran paz. Se me repetía la imagen de los luchadores de catch cuando,

exhaustos o malheridos, chocaban la mano del compañero, y éste entraba al ring en su rescate. Esos pitos de goma, de vidrio, con vibración o sin ella, grandes, pequeños, se convertirían en mis relevos.

En el local brillaban luces de neón en la parte exterior, lo suficientemente chillonas como para atraer la atención de cualquiera que pasara por delante, pero adentro, el ambiente era lúgubre. O más bien, tenebroso. Una de las paredes estaba cubierta de películas, ubicadas una al lado de la otra, de forma que las portadas ganasen visibilidad. Yo esperaba una división de géneros más sutil, tal vez como la de cualquier videoclub: drama, comedia, cine europeo. Todo era demasiado explícito y sin margen a dobles interpretaciones. Poco a poco, fui aproximándome a la vitrina de los consoladores. Una mujer con varios piercings colgando de su labio me preguntó si necesitaba algo. No voy a ahondar en la vergüenza, ni en el severo tartamudeo en el que me vi envuelto, básicamente porque lo que quiero contar no es eso. Le pedí que eligiera tres y luego los envolviera en papel madera. Me quedé paseando entre las góndolas. Descubrí que algunas actrices porno eran particularmente lindas, delicadas e imaginé, durante unos breves segundos, cómo sería levantarme una mañana de domingo junto a ellas. Incluso pensé en las razones por las que no habían elegido ser secretarias, promotoras, gerentes de una multinacional y fantaseé, sin sentido, con rescatarlas de ese mundo degenerado en el que se movían. Yo podría tratarte bien, pensé, respetarte y planificar, como regalo de aniversario, un viaje a unas cabañas en Córdoba,

para qué allí, en medio de las sierras, solos, recostados bajo un algarrobo, puedas llorar y vaciarte de todo lo que te han hecho. Me reí. Pero quizás no querían que las trataran bien. Pudiendo elegir, se quedaban con los desproporcionados falos, las humillaciones y la fantasía de ser actrices. Cada quien es feliz como puede.

En un costado, en el rincón peor iluminado de una vitrina, vi algo que no debería haber visto nunca.